

## *Presentados al Tercer Congreso*

# **Hispanismo y Panamericanismo en la Dirección Cultural de Hispanoamérica**

**C**OMO escritor español que ha vivido en su patria hasta que España dejó de ser un pueblo libre, como hispanoamericano que en México encontró una segunda patria y como profesor que en los Estados Unidos enseña disciplinas relacionadas con su lengua nativa, me considero en la obligación de redactar el presente estudio con destino al Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana.

Durante una larga labor periodística he venido exponiendo, lo mismo en España que en México, sincera y diáfana, mi manera de pensar acerca de los problemas que la vida social plantea. He utilizado también la tribuna como medio de hacer llegar al público aquellas manifestaciones que yo consideraba necesario difundir en momentos decisivos para la vida de mi país. Vinculado ahora, de un modo directo, a los intereses espirituales y materiales de nuestro hemisferio, el tema general de este Congreso —*El nuevo mundo en busca de su expresión*— me impone un deber preciso, como ciudadano del continente americano, que consiste, a mi juicio, en contribuir al esclarecimiento de cierta posición cultural que la propaganda política está falseando por medio de órganos de supuesta hispanidad.

Ninguna tribuna mejor para cumplir la personal misión impuesta a mi conciencia por la situación presente que la de este Congreso, cuyo singular prestigio se muestra enaltecido por la elevada autoridad del Instituto organizador, por el ámbito continental de los

trabajos que en la selecta asamblea han de llevarse a cabo y por la valía intelectual de las personas que a él concurren.

*Hispanismo y Panamericanismo en la dirección cultural de Hispanoamérica.*—Antes de entrar en el fondo del problema de la compatibilidad de estas dos influencias que la maniobra política presenta insidiosamente como opuestas, se hace preciso para mayor claridad expositiva definir con exactitud ambos términos.

No ofrece duda el concepto de lo que es "hispanismo". La cultura que los pueblos de América recibieron, principalmente a través de la lengua castellana y los elementos civilizadores que durante el período colonial trajeron a este continente los españoles, constituyen la base del hispanismo. Su continuidad no se perdió cuando los pueblos de Hispanoamérica alcanzaron la jerarquía de Repúblicas independientes. Pero ya el hispanismo fué más una resultante de la colaboración espiritual de todos los pueblos de habla española, que siguió superando, con las alas magníficas de la unidad de cultura, la separación material representada por el Atlántico. A medida que avanzaba el siglo XIX, y con mayor relieve en el siglo XX, lo hispánico no ha sido únicamente manifestación del espíritu creador de España, sino que a una civilización común contribuyeron con aportaciones valiosísimas los pueblos hermanos de América. Y si al tronco hispánico de Europa corresponde legítimamente la gloria inicial, a las ramas hispanoamericanas debe el hispanismo nuevos resplandores sobre tierras que se asoman a dos océanos, habitadas hoy por más de ochenta millones de americanos que hablan la misma lengua.

La unidad idiomática es sin duda el vínculo primordial de la civilización hispánica —española e hispanoamericana—, reforzado por afinidades raciales —que sólo en un sentido de categorema son odiosas— y por la asimilación político-social en tres siglos de historia común.

Filosofía, literatura, ciencias, artes, costumbres, economía y, en suma, todas las manifestaciones de la vida humana tienen características definidas y homogéneas en Hispanoamérica y España como floración magnífica del tronco hispánico, cuyas raíces y cuya savia dieron vida cultural a diez y nueve ramas nacionales en América y Europa. Este sentido hispánico de la vida, definido y depurado en el desarrollo de una vieja civilización, es el hispanismo, que glo-

riosamente continúa su historia sin que afecten a su esencia ni las desavenencias ocasionales de los pueblos hermanos, ni los episodios políticos, ni siquiera las grandes catástrofes que como la guerra actual conmueven al mundo.

No quiero decir con esto que los pueblos de lengua española vivan aislados dentro de moldes tradicionales, sustrayéndose a las recíprocas influencias que todas las naciones reciben con intensidad creciente a medida que los adelantos de la mecánica facilitan las comunicaciones entre los países más lejanos en la superficie de la tierra. Lejos de ello, la sensibilidad latina, despierta en todas las latitudes, capta y asimila las nuevas direcciones del progreso humano, rechazando en definitiva todo aquello que con apariencias o coacciones de superioridad va contra las esencias impercederas de una civilización en la que ha encontrado el hombre moderno los mejores frutos del pensamiento y de la experiencia de las pasadas generaciones.

Panamericanismo es, a mi entender, toda manifestación del sentido de solidaridad entre los pueblos y entre los hombres de América, derivado sustancialmente de un hecho geográfico —la unidad continental—, de una coincidencia política —la democracia—, de unos intereses —los peculiares de este hemisferio— y de un sentimiento humano, el de amistad con aquellos que participan en los círculos espirituales o materiales de nuestra vida.

Ambiciones territoriales, pleitos de frontera, rivalidad de intereses, errores políticos, desconocimiento mutuo, recuerdo de agravios, dificultad de comunicaciones, diferencia de idiomas, han sido las causas principales de que este alto sentido panamericano, basado en el hecho más antiguo e inmutable de todos —la unidad geográfica—, no haya tenido hasta tiempos muy recientes las auténticas manifestaciones y la progresiva intensidad que hoy, para bien de todos, hacen concebir muy lisonjeras esperanzas.

No ya entre los dos sectores más diferenciados idiomáticamente —el angloamericano y el hispanoamericano—, ni entre los países más distantes geográficamente —el norte y el sur—, sino entre los más afines en todos los órdenes y entre los limítrofes, ha existido demasiado tiempo una incomprensión deplorable cuando no una mal disimulada hostilidad.

Por fortuna, ese lamentable período de aislamiento y de recelo llegó a su fin y son cada día más extensas, más frecuentes y más

cordiales las relaciones entre todos los países de América al afirmarse las corrientes de buen entendimiento y amistad en estos días trágicos de la guerra total que aflige al mundo.

Tal es mi interpretación del panamericanismo, expresión multiforme de la conciencia de unidad continental que está cristalizando en el espíritu de los hombres y de los pueblos de América como realidad fecunda ya en las horas difíciles que estamos viviendo y como esperanza de magníficas realizaciones en el porvenir del nuevo mundo.

*Panamericanismo e Hispanismo.*—¿Puede haber no ya oposición sino el más leve roce entre estos dos conceptos, siempre que se interpreten rectamente, y se invoquen con lealtad? Evidentemente no. Y si el movimiento se demuestra andando, según la conocida frase, la compatibilidad entre el Hispanismo y el Panamericanismo está probada hasta ahora por los hechos y quedará confirmada en el futuro. Mientras en las naciones hispanoamericanas se hable la lengua española, lo hispánico —producto de la actividad común de españoles e hispanoamericanos— seguirá siendo la máxima influencia cultural ejercida sobre sus habitantes, porque el idioma es el factor principal de una cultura. ¡Ah!, pero estas naciones están en América, se hallan vinculadas a la existencia de un Continente que tiene personalidad propia con definiciones cuya eficiencia se extiende a todos los pueblos del hemisferio occidental. Por ello el genio de la lengua encontró un adjetivo preciso —Hispanoamericanas— para designar a estas Repúblicas en las que son factores igualmente esenciales lo hispano y lo americano.

Las ideas que hasta aquí he venido exponiendo son de tal evidencia, que parece tiempo perdido el que se invierte en su desarrollo. Y ciertamente yo no las hubiera enunciado, si a ello no me obligase un hecho grave del que sin duda tienen conocimiento los señores congresistas procedentes de Hispanoamérica.

Inspirados sin duda por los altos directores de la propaganda nazi, hombres residentes en las naciones hispanoamericanas —para cuya conducta yo no encuentro en mi rica lengua nativa calificativo apropiado— han puesto en circulación, con habilidad y cautela, a través de los medios hispánicos, estas tres ideas claves: A) Hispanoamérica tiene una personalidad cultural perfectamente definida y distinta de la que caracteriza a los demás países del continente.

B) El panamericanismo no es otra cosa que la prolongación culta y fina de la política del *big stick* y del imperialismo del dólar, que tiene también por objeto imponer la hegemonía de los Estados Unidos en todo el hemisferio. C) Es preciso oponerse a que el panamericanismo realice su obra fundamental, consistente en desterrar la cultura hispánica —la “hispanidad”— del espíritu y de la conciencia de los pueblos de habla española.

La difusión de tales consignas es una maniobra de alto vuelo, cuidadosamente preparada por la propaganda nazi. Las consignas y las maniobras políticas no merecen el honor de ser discutidas. Cabe solamente secundarlas o rechazarlas, porque la discusión debe reservarse para las ideas expuestas de buena fe. Con todo, la refutación de tales doctrinas va implícita en los conceptos que primeramente expuse acerca del hispanismo y del panamericanismo. Eso que llaman “hispanidad” es una falsificación alemana del hispanismo, y su objeto consiste en desorientar a los hispanoamericanos procedentes de familias españolas y a los amantes de la cultura hispánica. Su fin no puede ser más condenable. Se trata de una intriga encaminada a influir sobre la opinión pública de las naciones hispanoamericanas en sentido disgregante de la unidad continental frente al totalitarismo y con tendencia al aislamiento de los Estados Unidos. Propaganda de guerra únicamente.

Frente a todo ello sólo hay una posición legítima por parte de los escritores y de los intelectuales hispanoamericanos: impugnar como cosa de bastardía esa “hispanidad” procreada por el contubernio hispanogermánico y proclamar la absoluta compatibilidad del panamericanismo y del hispanismo.

Una sucinta enumeración de algunos postulados panamericanistas confirma el criterio que vengo sustentando. Panamericanismo simboliza en el orden internacional el régimen de paz y de cooperación amistosa para resolver todos los problemas que se susciten en la esfera de las relaciones entre los pueblos del nuevo mundo. En el orden político representa la afirmación rotunda de los principios de libertad y democracia para la vida de las Repúblicas del continente. En el orden cultural significa el intercambio de profesores, de estudiantes y de medios de estudio, así como la difusión del conocimiento de los idiomas que se hablan en América. En el orden económico propugna el intercambio de materias primas y de productos elaborados, la facilidad para el comercio, la estabilidad monetaria y la

coordinación continental de las actividades productoras. En el orden de las comunicaciones promueve el establecimiento de líneas aéreas y marítimas, y mira con satisfacción los progresos de la gran carretera panamericana. Frente a la guerra —que no es sólo una lucha terrible, sino la alternativa entre la civilización y la barbarie— se sitúa decididamente al lado de los pueblos que defienden a toda costa los principios esenciales de la vida y de la dignidad humanas.

¿Cómo puede decirse que tales principios y tendencias pugnen con el hispanismo, cuando todos ellos se encuentran definidos en las obras de los filósofos y escritores de lengua española, o en la tradición social de los pueblos de cultura hispánica? Se contienen en la ideología del panamericanismo, además, soluciones para los nuevos problemas y para los asuntos específicos del continente, que no se oponen a las directrices fundamentales de la mentalidad hispánica.

Me sería muy fácil citar numerosos testimonios en prueba de la coincidencia sustancial del panamericanismo y el hispanismo, pero sería preciso para ello dar a este trabajo una extensión impropia, que no se requiere teniendo en cuenta la superior ilustración de los señores congresistas, todos ellos muy versados en la historia y la literatura de España e Hispanoamérica. Quiero recordar, sin embargo —pensando que la titulada “hispanidad” es un artilugio político de origen nazi—, significativas actitudes del pueblo español que acreditan su amor a la independencia, la libertad y la democracia.

No cabe una interpretación justa de la historia de España sino desde estos puntos de vista. La heroica resistencia de los pueblos hispánicos a toda clase de invasiones, más intensa a medida que avanzaban en la unificación étnica y cultural, transformada cuando son vencidos en irresistible potencia asimilista que elimina espiritualmente al vencedor. La insumisión del pueblo a los señores feudales, durante una época en que el feudalismo dominaba las demás naciones de Europa y hacía sombra al poder de los reyes. La digna actitud de las viejas Cortes españolas enfrentándose al absolutismo de los monarcas para darles a entender, con genial intuición de futuros ideales políticos, que la raíz de la soberanía está en el pueblo. La tradición ejemplar de unos municipios que salvaron a la nación en los momentos más difíciles, convertidos en sostén del espíritu patriótico cuando las demás instituciones habían fracasado.

El magnífico movimiento de las comunidades castellanas ante las tendencias despóticas de un príncipe que venía a gobernarles desde el extranjero sin haber aprendido a expresarse fácilmente en lengua española. La tensa defensa que de sus fueros hicieron algunas regiones, precisamente porque en ellos se definían derechos de libertad colectiva y autodeterminación democrática. La dignidad cívica que ha inspirado todos los actos populares y todos los sacrificios nacionales de los españoles a través de los siglos. Pruebas son, como otras muchas que podrían citarse, del espíritu independiente y democrático —verdaderamente genuino y muy profundo— de los españoles y de su civilización, que los hispanoamericanos recibieron, con la lengua de Castilla, como la más preciada herencia del período colonial y semilla fecunda de ideales políticos en el alma joven de América.

Los agentes de la propaganda nazi, que en Hispanoamérica se presentan como ardientes paladines de la “hispanidad”, no podrán señalar un solo postulado del panamericanismo realmente opuesto a lo que es genuino y castizo en la cultura hispánica. Para encontrar alguna discrepancia se verán obligados a deformar al hispanismo, falsificándolo en consonancia con la propaganda de guerra que constituye el único objetivo de la defensa de lo que llaman “hispanidad” contra unos ataques inexistentes.

Pero esta labor de los agentes hitlerianos disfrazados de hispanófilos no puede destruir una realidad cultural que tiene raíces centenarias. La “hispanidad” —falsificación del hispanismo hecha en Berlín mediante el abominable procedimiento de las verdades a medias— nunca será tomada en consideración de un modo duradero por los hispanoamericanos y españoles auténticos, aun cuando en determinadas zonas de opinión tenga —porque no se la combate debidamente— alguna influencia lamentable, canalizada políticamente.

No por su trascendencia política, sino porque invoca un fundamento cultural, he querido someter este problema al conocimiento de los señores congresistas. No podemos admitir, en mi opinión, una “hispanidad” espuria que se presenta como enemiga del panamericanismo. El hispanismo y la cultura genuinamente hispánica —de hispanoamericanos y españoles— coinciden en su esencia con los ideales de este continente y pueden colaborar de una manera eficaz a las realizaciones panamericanas.

La conciencia de los hombres y de los pueblos de Hispanoamérica seguirá iluminada, según ahora lo está, por la luz inextinguible de estas dos antorchas —el Hispanismo y el Panamericanismo— que para su continuidad histórica son tan indispensables como para la existencia del ser humano el cerebro y el corazón.

JERÓNIMO MALLO,  
*Florida Southern College,*  
*Lakeland, Florida.*